

ARTE★LETRAS ESPECTACULOS

LIBROS

"La España necesaria"

UN OPORTUNO RADICALISMO

Brotó de pronto una palabra: España. Un cansancio sin nombre rodaba en mi cabeza (1).

¿ENIGMA histórico, España? En todo caso, lo que no parece tan enigmático es la simple constatación empírica de que ese conglomerado de pueblos, etnias, comunidades, aspiraciones y frustraciones denominado España —un concepto, tal vez, más castrense que civil— ha llegado siempre tarde, quizá también ahora, a las grandes mutaciones que —como afirma el señor Fernández Ordóñez— se han ido produciendo en su entorno geográfico. Por adelantarse, paradójicamente, a una de ellas, empezó perdiendo el tren de la modernidad en el siglo XVI, cuando fue aplastada por la fuerza de las armas la revolución comunera, en opinión de Maravall la primera gran revolución de carácter moderno en España y seguramente en Europa. Se le escapó después el de la Ilustración, y el de la revolución burguesa, y el de la industrialización, y el de la ciencia. Todo el siglo XIX fue un inútil intento, por parte de los mejores, de ponerse a la altura de los tiempos y coger en marcha, aunque en desvencijados vagones, los perdidos trenes. Ya es sabido lo que ocurrió: cada vez que la esperanza liberal levantaba la cabeza, el garrote del fanatismo y la autocracia funcionaba con precisión y rigor para —literalmente— descabezarla. Y así una vez, y otra, y otra. La República de 1931, como su antecesora de 1873, lo intentó de nuevo. Y pareció, en los primeros momentos, que esa vez era la buena. Quiso. Pero no pudo, no osó ir hasta el final, no la dejaron. La restauración franquista, gloriosamente llevada a cabo sobre un millón de muertos,

(1) Cernuda: cita incluida en el libro.

FRANCISCO DIEZ DEL CORRAL

acabó, una vez más, con ilusiones y esperanzas. Pero este patético proceso, por complejas y entrelazadas, azarosas también, que puedan resultar sus causas históricas últimas, se ha venido traduciendo en términos materiales, muy materiales, nada misteriosos: en términos de clases —siempre las mismas— en el poder, en cifras de hectáreas de tierra poseídas, de industrias poseídas, de capitales monopolizados, de instituciones controladas, de movimiento obrero masacrado, de administraciones corrompidas, de votos comprados, de almas compradas, de rapacidad de los unos, de envilecimiento de los otros, de servilismo de muchos. Sí: el capitalismo y el poder son poder y capitalismo, aquí y fuera de aquí. Pero aquí son más cerriles. Por eso España es diferente. Pero, por eso también, aquí más que en ninguna parte, hay que comprender esta lamentable historia radicalmente, sin ropajes metafísicos ni arcanos fatalismos. Para que "también en España al viejo olmo machadiano puedan brotarle todavía algunas hojas nuevas" es preciso considerar con radicalidad, sí, esa situación, nuestra situación. Plantearse así las cosas, pensar en ese pasado y superar el escepticismo que el presente, en él anclado, engendra y tender hacia el futuro el impulso regeneracionista es, en cualquier caso, síntoma de buena salud moral y política. Pero la cuestión es, ¿qué quiere decir hoy ese radicalismo regeneracionista, cómo y a través de qué medio impulsarlo? Con ilusión reformadora, planeando sobre unos hechos todavía muy próximos en el tiempo y de los que el autor fue protagonista, sacudiéndose las cenizas del desencanto —el desencanto, han dicho después los que quizá voluntariamente se engañaron— y despejándose del designio político que ha hecho posible la perpetuación en el poder de la clase de siempre, el señor Fernández Ordóñez

nos da en su libro-programa la versión de esa nueva política "capaz de hacer posible lo necesario". Una praxis y un impulso colectivo que aventen aquellas cenizas y puedan colmar el hondo foso hoy abierto entre las palabras y los hechos, entre la realidad y el deseo, entre los ciudadanos y el poder, entre los representantes y sus representados. Es perfectamente consciente de los peligros que acechan al político cuando la política no se piensa, sino que se hace: "El político —escribe— puede ir recortando cada día un poco más la utopía hasta convertirse en un profesional del compromiso, la concesión, el pacto, la transigencia o simplemente en un experto de la oportunidad de cada momento, a la que adapta, según las circunstancias, sus maneras e incluso sus ideas. Prendido en el afán cotidiano, atrapado en la urdimbre del tapiz político, quizá obsesionado por el poder como fin en sí mismo, el político puede ser al fi-

nal una especie nueva de tecnócrata que ha enterrado su propia utopía". Palabras alentadoras, en tanto que expresión de autoconciencia. Palabras tranquilizantes, también, para quien las profiere. Porque nombrar el peligro es conjurararlo, justificar la peligrosa realidad a veces. Y se diría que la propia estructura del libro, donde lo teórico e ideológico se ensambla con lo tecnocrático y programático en un marco de posibilismo que temple lo radical del propósito, constituye por sí mismo un ejemplo de aquel riesgo que expresamente muestra.

Pero las dudas más fuertes surgen al considerar la dialéctica de los medios y los fines, el anhelo regeneracionista y la vía para realizarlo. Parece, sí, difícil, a estas alturas, que un modelo reformista de corte neo-social-liberal o neo-social-democrático pueda poner en marcha los entusiasmos colectivos indispensables para tal empeño. Más aún, que un programa político donde en ningún momento se cuestiona la economía de mercado y donde a veces parece olvidarse la lógica del beneficio en que esa economía se apoya, pueda "desmarcarse" claramente del poder en plaza. Ciertamente, si la sustitución de la economía de mercado no es, por sí sola, re-



Fernández Ordóñez: las dudas más graves surgen al considerar la dialéctica de los medios y los fines.

quisito suficiente para un cambio real que conduzca a comunidades más libres, más solidarias y más fraternas, ninguna liberación real de ningún grupo humano puede realmente producirse sin la ruptura con ese sistema. Por llegar tarde, también vamos a llegar tarde a la socialdemocracia. Porque, en Europa, no sólo es la revolución y el mesianismo revolucionario lo que se extingue; también el reformismo se hunde irremisiblemente. Toda la retórica del Estado de bienestar, como señala, por lo demás, el propio autor, está ya gastada y desgastada. Las corrientes del auténtico cambio, las que radicalmente cuestionan el tipo de civilización en que vivimos y la racionalidad en que se asienta, aunque todavía silenciosas y subterráneas, parece que fluyen por otros cauces.

Pero a un nivel más pragmático, instalados incluso en la estrecha órbita del reformismo, ¿cómo iniciar en España un proceso de reformas sin un control del aparato estatal y sin desmontar antes todo un aparato administrativo liado y bien liado a una tupida red de intereses y de fuerzas hoy ya legitimados por la sanción democrática? Para eso hace falta el poder. Un poder, hoy, al que difícilmente podrán acceder los que, desde él constituidos, de él se separen. Entre otras cosas, porque cuando ese poder peligre realmente, maniobraría seguramente con los regeneracionistas... para congelar la regeneración. La versión que el señor Fernández Ordóñez da del nacimiento de UCD es, por lo menos, ingenua. Con todos los matices que se quiera, UCD nació antes. UCD es pieza inseparable de la reforma política y la reforma política, objetivamente, es inseparable del proyecto de perpetuación de las antiguas clases en el poder. No fue la coalición de partidos de centro lo que creó UCD: fue el proyecto continuista, inscrito ya en la reforma y en la dócil aceptación de ésta —lo que alguien ha llamado "ruptura suplicada"— por la oposición lo que creó la coalición, con el consenso y la colaboración de quienes creyeron utilizarla y fueron utilizados. Parece tarde, ahora, para anular ese proyecto y sintonizar con otros espacios auténticamente liberales y progresistas. No tanto, a lo peor, para poner en marcha una segunda versión,

de acuerdo con las nuevas circunstancias, de aquella suplicada ruptura. Y difícil va a resultar, en cualquier caso, que este pimpante regeneracionismo pueda integrar mayorías capaces de bascular seriamente las relaciones de poder actuales. La clientela de que podría nutrirse tiene ya amo. Para esto está la otra socialdemocracia, la de Bad-Godesberg. No para el cambio, claro, para el recambio. Ciertamente, desde la óptica partidaria y parlamentaria, la irrupción en la arena política de este nuevo programa puede abrir puertas y dar alas, siquiera coyunturalmente, a nuevos y remozados protagonistas. Pero el radicalismo no consiste tanto en llevar la calle al Parlamento como en descender el Parlamento a la calle.

Dicho todo esto, y a pesar de todo esto, bien venido sea todo proyecto regeneracionista. Tomadas una a una, fuera de su contexto y al margen de las servidumbres que ese contexto impone, ningún español progresista podría poner muchos reparos a las propuestas que el libro integra. Desde la teoría neoliberal del Estado en que se ubica hasta las medidas técnicas concretas que propone —sobre el sistema fiscal, sobre la empresa privada y la empresa pública, sobre la racionalización de las autonomías, sobre el Estado—, el libro del señor Fernández Ordóñez, construido sobre un bagaje de lecturas muy apreciable, parece un intento honesto para mejorar las cosas. El paso de sus propuestas a la práctica de grupo, con las posibilidades de maniobra y jue-

go que podría abrir, alegraría un poco, seguramente, nuestra triste fiesta democrática. El espectáculo ganaría interés. Los espectadores, ya que otra cosa no pueden ser, probablemente lo agradecerán. ■

Coloquios de Compostela

DURANTE los días 8 y 9 de mayo se celebraron en Santiago de Compostela los Primeros Coloquios Internacionales sobre Cultura e Medios de Comunicación en Sociedades Dependientes, organizados por el Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad gallega. En el cartel se anunciaba la participación de Armand Mattelart, Manuel Vázquez Montalbán, Ramón Chao, Ignacio Ramonet, Alonso Montero y otros investigadores y estudiosos de la comunicación y la cultura, quizá menos conocidos, pero no por ello menos esforzados y preocupados por los temas en discusión. La asistencia, regular, como consecuencia de los exámenes cercanos y el extendido desencanto (atención, que el desencanto es un arma de la burguesía), sin olvidar el desconocimiento y la ignorancia —incluso entre los llamados "profesionales de la prensa" para más inri—, de lo que significa el título de los coloquios. Su importancia, lo que allí se dijo, se discutió y se acordó; enorme, hasta diríamos que trascendental.

Dentro de un primer bloque de ponencias presentadas por Mattelart, Ramón Chao, Ignacio Ramonet, Bernard Cassen y Emilio López Méndez (1), varios presupuestos comunes estuvieron en el centro de las exposiciones: la información como fuente de poder político; la concentración y centralización de los medios de información (es decir, de las fuentes, del procesado y de la distribución de la información), en pocas manos, a su vez estrechamente ligadas a los que detentan el poder político, económico y militar; las implicaciones que surgen del hecho de que el 80 por ciento de la información que diariamente lee, escucha o ve, la población mundial está controlada por cuatro poderosas agencias imperialistas: UPI, AP, France Presse y Reuter; las consecuencias actuales y las previsiones que nacen del uso de sofisticadas tecnologías que están en manos de imperialismo norteamericano; el papel, en este contexto, de la información (y dentro de ésta, el uso del idioma inglés) como transmisora y reproductora de ideología y creadora de opinión.

Particular interés (tanto por las dimensiones del terror que se advertía como por la detallada y completa exposición) tuvo la ponencia de Ignacio Ramonet que mostró el increíble desarrollo en menos de treinta años de la informática y su uso en los medios de comunicación, bajo el control absoluto de varias multinacionales norteamericanas que hoy tienen en sus manos un arma de

(1) Armand Mattelart, uno de los principales especialistas de Sociología de Medios de Comunicación y Cultura, a nivel mundial, presentó una ponencia titulada "La función de los medios de comunicación de masas en épocas de crisis". Ramón Chao, periodista residente en París, colaborador de TRIUNFO y responsable del Servicio de Lengua Ibérica de Radio France, expuso "El inglés, lengua de un imperio". Ignacio Ramonet, periodista y profesor en la Universidad de París VII, responsable de la sección de cine político de "Le Monde Diplomatique" y también colaborador de TRIUNFO, habló sobre "Nuevas tecnologías para más dominación cultural". Bernard Cassen, profesor en Vincennes y colaborador en "Le Monde", expuso en su ponencia los problemas de "Puerto Rico, un caso extremo de sociedad dominada". Emilio López Méndez, periodista residente en Londres, especialista en América Latina y África, leyó el texto titulado "La información en un proceso de liberación (el caso de Nicaragua)".

Un dato más: a excepción de Mattelart y Cassen, el resto de los ponentes antes citados son gallegos.

